

**P  
r  
e  
s  
e  
l  
n  
t  
a  
r  
c  
i  
ó  
n**

**d  
e  
e  
l  
i  
b  
r  
o  
s**





**Llegar hasta acá. Sobre *Las Novelas de Formación Chilenas: Bildungsroman y Contrabildungsroman* de Grinor Rojo (Santiago: Sangría ediciones, 2014)\***

**Por Lina Meruane**  
New York University  
lm575@nyu.edu

“¿Cómo y por qué llegué hasta allí?”. De pronto sé que esta pregunta no es exclusiva de Manuel Rojas. Sé que la he oído en nuestras calles recientes, en voluminosas conversaciones de boliche, en las murmuraciones colectivas y en la literatura de estos años. Es una pregunta inscrita en los libros de una generación que dejó de ser joven mientras escribía. “¿Cómo y por qué llegué hasta allí?”. De pronto me parece, sí, que nos lo estamos preguntando hace mucho, con cierta nostalgia y con no poca culpa. Cómo fue que salimos de la clase baja para aventurarnos en las clases medias sin reparar en el arribismo de ese gesto que encumbró a algunos en los olvidos sociales y políticos de las clases altas. Déjenme aclarar que reverbera en esto que digo una idea avanzada por Lorena Amaro cuando conceptualiza la novela de los hijos que fuimos en los aciagos años de la dictadura, la novela de los adultos en que nos convertimos con la mirada torcida hacia atrás. Cómo sucedió esa adultez. Con quién pactamos o no y sobre todo por y para qué. Pero me estoy dejando llevar por el presente de la literatura chilena y sus angustiosos estancamientos en el pasado. Estoy retardando la entrada al apasionante libro de Grinor Rojo y sin embargo, no estoy tan lejos de su planteamiento. Rojo realiza en su aguda investigación este mismo gesto retrospectivo de los literatos chilenos, se hace esta misma pregunta sobre el antes y sobre el hoy. Apunta su dedo o su interrogación hacia nosotros aunque de una manera enormemente más aclaratoria, por analítica, que lo que puede, por ahora, el trabajo sinuoso de la ficción.

Cierto, ese “¿cómo y por qué llegué hasta allí?” nos precede. Es, nos lo recuerda Rojo en algún punto de su pertinente estudio, la interrogación que pone en movimiento acaso el más suculento relato de iniciación y aprendizaje de la literatura chilena. *Hijo de Ladrón* inaugura con esa línea no solo la saga del más notorio personaje marginal de nuestra novelística (a juicio de Grinor y también del mío), sino que instala una pregunta clave acerca de la contradictoria formación de nuestra conciencia nacional. “¿Cómo y por qué llegué hasta allí?”. Rojo cita la novela fundacional de Rojas, ya lo dije, pero importa repetirlo porque es lo que queda rondando al llegar al último renglón de este libro centrado en los imaginarios *bildung*-novelísticos de cierto canon realista chileno. Nuestro crítico, que por años largos ha sido un

---

\* Texto de presentación. Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Universidad de Chile, 16 de enero de 2014.

fecundo docente, evalúa aquí detenidamente cómo llegó Rojas o su personaje (Aniceto Hevia), cómo llegaron otros novelistas y otros personajes de la literatura posterior (los de Francisco Coloane, Antonio Skármeta, Roberto Bolaño, Alberto Fuguet y Alejandra Costamagna), a ser quienes fueron y son.

Cierto. (Fíjense que estoy repitiendo una palabra apreciada por Rojo, que apenas titubea, que siempre asevera aunque ponderadamente). Cierto, sí, podríamos pensar que este tipo de ejercicio intelectual es en extremo simple. Podríamos preguntarnos por qué se propuso nuestro ensayista el arduo trabajo de examinar tantas prosas de formación ajenas, y preguntarnos también por qué, nosotros, sus lectores, deberíamos lanzarnos a la relectura de estos libros ya clásicos a través de los anteojos marxistas y hasta psicoanalíticos de Grinor Rojo<sup>1</sup>. Por qué interesarnos en el modo en que estos personajes eligieron sus caminos hacia la adultez. Y no es mala la pregunta. Yo me vi forzada a pensar en esto mientras daba vueltas las páginas en mi atenta aunque apurada lectura (lectura facilitada por la seductora prosa de Rojo, por su voluntad, llamémosla generosa o llamémosla democrática, de ser leído sin esfuerzo), me vi obligada, repito, a pensar estos porqués debido a que el profesor Rojo no se molestó en entregarnos la convención de un prólogo explicativo, esos que nos dicen a qué conclusión debíamos arribar antes de comenzar a leer. Deduzco que aquí intervino el Rojo menos condescendiente, ese que nos supone lectores sagaces, lectores capaces de ir vislumbrando solos la premisa más política de su libro. Eso pensé sumergiéndome, yo, en cada capítulo, tras la estela de su mirada enjundiosa. Porque a la vez que el texto nos incita a la reflexión no nos regala respuestas inmediatas. No nos acorta el camino, sino que nos invita, en vez, a acompañarlo en un recorrido por los recovecos de la ficción y la alegoría, a seguirlo en su pesquisa de claves para entender las estrategias escriturales implementadas por cada novelista en el movimiento hacia lo profundo de los cómo.

Rojo comienza por enmarcar su lectura en el pensamiento de Georg Lukacs, para sumarle, convenientemente, algunas otras herramientas teóricas además de las elaboradas intuiciones propias de su oficio. Desecha toda abstracción pedante, sin embargo, para posicionarse sobre los recursos técnicos o retóricos o estéticos e ir abriéndose (abriéndonos) a las consideraciones del intertexto y del contexto sin perder de vista nunca el momento de producción, rechazando así esas lecturas anacrónicas que él llama "maniobras [interpretativas] deshistorizadas" (36) en las que a veces caen torpemente algunos críticos.

Es esa la estrategia que Rojo ejercita en cada uno de los sucintos capítulos que conforman la primera parte, así como en el largo análisis dedicado a la obra de Manuel Rojas de la segunda. Pero este libro lleno de oportunas digresiones no debiera ser leído por pedazos (aunque así fueran publicados, en primera instancia, sus capítulos). Porque mientras por separado cada una de las partes reflexiona sobre los modelos de formación (cómo fue que

---

<sup>1</sup> Valga la aclaración, porque el uso del término marxista generó cierta polémica durante la presentación del texto. La referencia es al modelo crítico marxista, que por otra parte no es su única filiación crítica. Marxista, usado aquí y más adelante, no se refiere a la adscripción política del autor, quien se declara socialista.

determinados protagonistas llegaron al *allí* de su adultez) y la función ideológica de sus devenires dentro de la novela o de la novelística del autor, el sentido profundo de este trabajo solo se completa en la lectura de conjunto. Es en la sumatoria de los textos donde se hace aparente la contribución del ensayista.

Rojo, tan teóricamente sagaz como estilísticamente eficaz, pronto deja atrás a Lukacs para enlazar los textos literarios en una vuelta más intrigante. Porque no se trata solo de si esos personajes (todos personajes masculinos) alcanzaron *exitosamente* la madurez sino qué implicancia tienen esos éxitos, esos fracasos. Dicho de otro modo: qué importa si ellos aceptaron voluntariamente el modelo que hegemonícamente se les impuso o si aceptaron "por las malas", tras deponer toda resistencia o rebeldía juvenil, si acaso se rindieron o si lograron "negociar" su inserción al modelo de adultez, o si decidieron no acatar las normas y quedarse marginados del sistema. Cómo leer, en suma, lo que cada uno transó para hacerse, en cada momento de nuestra historia social, miembro meritorio del imaginario nacional, qué ideas intervinieron para decidir no participar de ese proyecto.

Permitan que me detenga en las claves que nos aporta el ensayista dentro del esquema Lukacsiano. Déjenme ordenar a los protagonistas de las novelas en tres parejas posibles. Para visibilizar algunas de las lecturas hechas por el autor.

La primera pareja es una que comparte el origen pero se comporta de maneras opuestas. Me refiero a dos personajes fundacionales en el imaginario de inscripción social del huacho chileno del siglo XX. El joven cadete de *El Último Grumete de la Baquedano* (1941) y el anarquista de *Hijo de Ladrón* (1951). Importa señalar que en su lectura alegórica Grinor Rojo se opone aquí a la visión simplificada de la obra de Francisco Coloane para revelarnos que los relatos de la guerra y la ardua constitución de las fronteras fabrican e instalan la figura del ciudadano-soldado ejemplar. Son relatos de formación de un individuo, pero también de una familia de hombres sin amparo que militan por la defensa de un hogar-patria convenientemente imaginado y moldeado por las élites siempre ausentes del campo de batalla. Esta novela de formación comporta entonces una función ideológica, la de ser, a-la-Benedict Anderson, un "manual para la educación de los jóvenes que consagran sus vidas al servicio" (26) de la patria. "Hacerse hombre", nos explica Rojo, consistirá en aceptar "hacer patria" o "hacer casa" para otros. Sacrificarse, pues, por un ideal rechazando, el protagonista, a su hermano por haberse unido a los yaganes para constituir una comunidad alternativa contra el mandato de un "nacionalismo asimilacionista" (36). Lejos de todo maniqueísmo, Rojo advierte que Coloane ya opone dos ideas de nación, planteando un escenario enormemente crítico que Manuel Rojas asumirá de lleno en su *Hijo de Ladrón*. Porque si el cadete está dispuesto a asumir la madurez como el cumplimiento de obligaciones patrióticas, como fundación de un hogar que quizás no llegue a habitar, el joven anarquista de Rojas decidirá abstenerse de casa, de patria, del simbólico pago de cuotas sociales que para él representarán el hacerse hombre en Chile.

Hay otra pareja (esta es la segunda) comparable también desde el origen social aunque en lugares opuestos del eje político –ambos habitan espacios

geográficos determinados por la dictadura-. En la novela de Antonio Skármeta, *No pasó nada* (1980) se tratan los rigores de la iniciación de un joven chileno en el exilio alemán mientras en *Mala Onda* (1991), también situada en los años ochenta, se exploran las indecisiones de un apático joven de la clase acomodada que se quedó, y estas diferencias políticas, aunque sutiles, tienen un efecto paradigmático. El mandato del exilio al que se ve obligado el Lucho de Skármeta opta por enfrentarse a su padre para poder "reconciliar" (palabra clave en Lukacs) así sus dos patrias (Chile y Alemania) y sus dos tiempos (la infancia santiaguina y su recién adquirida adultez berlinesa). Reconcilia sus aspiraciones con la realidad que le acontece mediante una suerte de "negociación". Eso será en Skármeta llegar al *allí* de la vida adulta: negociar entre el deseo juvenil y la ley paterna, pagar, en otras palabras, parte de la cuota y reservarse la otra parte. El Matías de Fuguet corre una suerte acaso más complicada y en cierto modo predecible. Pero en un giro para mí inesperado, viniendo de un crítico marxista (aunque celebro al crítico que se atreva a discrepar de consensos hegemónica, aunque sean de izquierdas), Rojo rescata *Mala Onda* de sus muchos detractores, precisamente por la complejidad o más bien la duplicidad de esa novela. Leyendo a contrapelo, Rojo detecta discursos disonantes, cargados de desestabilizadora ironía, en el tambaleante relato de aprendizaje de Matías en un Chile impregnado de desafíos políticos que el protagonista no acierta a hacer suyos. Rojo nos recuerda que Matías decide no hacerse cargo, decide, por decirlo de otro modo, no rebelarse, no negociar, quedar en una cómoda deriva junto a un padre que es su doble. La de Fuguet, de acuerdo con algunos críticos citados por Rojo, es la "parodia de las novelas de aprendizaje" (78) aunque para Rojo es una novela que da cuenta de un sometimiento "a la mala" y desde ese sometimiento queda subrayada la denuncia implícita en el texto.

La tercera pareja se aleja de las cuestiones de clase y de las cuestiones políticas para examinar una derivación de la Bildungsroman, la novela de aprendizaje del artista. Ahí encaja *Los Detectives Salvajes* (1999) de Roberto Bolaño, cuyos protagonistas-poetas no van en busca de padres literales, sino que de padres literarios o precursores. En esta novela se busca una "precursora fálica", la madre, por antonomasia, del huacho nacional (113-4). Solo que a esa madre es necesario encontrarla y luego superarla para inscribirse autónomamente en el canon. Bolaño parodia, nos dice Rojo, el arquetipo edípico doblemente en la sola figura de Cesarea Tinajero, destruyendo, también alegóricamente, el vanguardismo latinoamericano para crear algo nuevo. La formación del poeta, su ingreso en la adultez, pasa necesariamente por destruir a los precursores, pero sin deshacerse del modelo. Es, en los términos de Rojo, una aceptación por "las buenas". Más complejo resulta entonces el devenir del pianista en la Künstlerroman de Alejandra Costamagna, *Dile que no estoy* (2007). En esta novela hay también una madre muerta completamente internalizada y por lo tanto difícil de destruir, una madre también pianista que guía las fantasías del hijo en su hacerse hombre. El joven pianista, sexualmente ineficaz y simbólicamente castrado por su padre, circunda siempre la avenida del fracaso, y se vuelve el ejemplo del artista frustrado o figuradamente manco (*manqué*, en francés), el prototipo del neurótico moderno que aunque lo intenta no logra cumplir el cometido y por lo tanto renuncia por incapacidad, es decir, acepta pero fracasa y de esta

manera se relaciona ambiguamente con el modelo de expectativas sociales que se ciernen sobre la adultez del ciudadano ejemplar.

Dije antes que ese modelo era masculino en el libro de Rojo y no puede ser casual. Es desde lo masculino que se ha pensado siempre al sujeto cívico, desde la literatura pero también, con alarmante frecuencia, desde una crítica que pareciera seguir la ideología del orden familiar burgués regido por lo masculino. Pero dejo anotado esto, simplemente, para ir a lo que importa: hombres de novela que se forjan a la sombra de padres-patrias, padres ausentes a los que busca enmendar, padres pusilánimes a los que se busca acompañar o completar como dobles, padres castradores a los que se quisiera derrotar y sustituir para inscribirse en el hogar imaginado de la nación. En todos estos imaginarios ficcionales la figura paterna o la madre fálica –en la práctica lo mismo– son el referente de una ley (la del padre) que garantiza una nación para los que cumplen.

Quisiera insistir entonces, ya para cerrar, que lo que se alumbraba en este ensayo no es simplemente el modo en que escogidos autores han imaginado y de alguna manera confirmado en sus textos los procesos conciliadores requeridos en la formación de la ciudadanía (o cierta ciudadanía) chilena a lo largo de casi cien años (con una luminosa excepción, la de Manuel Rojas). La de Grinor Rojo es también una advertencia para el presente. Para toda una generación educada en esa literatura y sobre todo por otros medios discursivos, dispuesta con demasiada frecuencia a aceptar el modelo hegemónico de un hacerse adulto como quien hace tierra quemada con el pasado y con los excluidos. Este es un tiempo de enorme ansiedad sobre la posible fragmentación del Estado. Importa reflexionar sobre este hacernos ciudadanos o hacernos hombres (y mujeres) precisamente ahora que nuestro “nosotros nacional” se ve interrumpido por la creciente desigualdad (no solo económica), intervenido por las voces de aquellos no representados por ese plural, en tiempos en que las fronteras se ven cuestionadas por nuestros vecinos, y en que de pronto asoman las otras naciones dentro de nuestra nación históricamente asimilacionista. Es en estos tiempos de fractura que se nos lanza un equívoco llamado a la unidad. Por eso es el momento de hacernos la pregunta con la rebeldía precursora de Rojas y también de Rojo. Preguntarnos si dejaremos de ser hijos dóciles, preguntarnos cómo atravesaremos el puente de la historia para llegar al *allí* que es nuestro *acá* con una lucidez y un arrojo que nos permita desafiar el mandato de lo que se nos exige y crear un hogar patrio diferente a los que los relatos de formación vieron como “la comprometida responsabilidad de la madurez” (27).